

DOS OBRAS DE CRITICA EN TORNO A TEILHARD DE CHARDIN

Con visible interés aprobatorio saludamos la publicación de una excelente obra del dominico italiano, P. Giacinto Scaltriti, O. P., sobre un tema tan apasionante como es la figura de Teilhard de Chardin y su pensamiento a la vez científico y filosófico-teológico (1).

Es un libro breve y denso, escrito por un teólogo de reconocida competencia, a quien no se le puede negar el mérito de haber emprendido un trabajo serio, llevado a cabo sobre el estudio directo de los textos de Teilhard, entresacados de la mayoría de sus obras, y habiendo además tenido en cuenta las interpretaciones de sus comentaristas más benévolos, como Cuénot, Henry de Lubac y otros.

El P. Scaltriti no se contenta con simple enjuiciamiento crítico del mensaje doctrinal del P. Teilhard, sino además realiza una confrontación de las ideas clave de la construcción teilhardiana con las doctrinas paralelas de la teología de Sto. Tomás: Son éstas la distinción neta de los métodos científicos, filosófico y teológico, y de los órdenes, natural y sobrenatural, frente a la confusión de esos métodos y ambos órdenes, que es básica en la posición de Teilhard; la creación del mundo por Dios *ex nihilo* y en el tiempo, creación del alma humana y de los ángeles frente al evolucionismo teilhardiano creador por unificación complexiva; la distinción neta del bien y el mal, pecado original y gobierno libre de Dios en el mundo frente al optimismo panevolucionista y progresista de Teilhard; Cristología tomista con la maternidad libre de María frente a la interpretación teilhardiana del Cristo cósmico...

El dominico italiano no se contenta con un desarrollo profundo de estos temas, en un estilo incisivo y duro, entreverado de ideas y textos de Teilhard con conceptos y antagónicas citas de Sto. Tomás. La obra además es en buena parte ensayo de interpretación biográfica y humana de su personaje. En ella el P. Scaltriti distingue el

(1) GIACINTO SCALTRITI, O. P.: *Teilhard de Chardin, tra il mito e l'eresia* Teologia e Vita, 2. Roma, Editoriale Idea, 1964, págs. 196.

Teilhard histórico, creyente de sincera fe que hace todo lo posible por eludir las herejías que el mismo entrevé claramente en sus ideas, y el sistema de errores heréticos que otros han deducido o que pueden lógicamente deducirse de la interpretación literal de sus textos y del conjunto de su sistema. A esto llama el P. Scaltriti "el teilhardismo", mezcla curiosa de mito y herejía, al cual refiere los análisis de la última parte, bajo los siguientes epígrafes: El teilhardismo marxista, el teilhardismo racionalista, el teilhardismo racista, el iluminismo, el irenismo, el naturalismo semipelagianista, el existencialismo teilhardianos (2).

De otra parte, la ideología sigue apasionando los ánimos e influyendo enormemente en el pensamiento filosófico y teológico actuales. Y es cada vez mayor el coro de voces que, en revistas y libros, exponen y comentan las ideas del nuevo profeta del evolucionismo, su nueva "visión" del mundo en marcha ascendente hacia la pleromización divinizante, tomando unos y otros posición decidida en pro o en contra de su sistema. Por eso, y por la semejanza de enfoques no obstante proceder de campos tan dispares, del estilo irónico y acusatorio, de la distinción entre el Teilhard de la historia y del mito, unimos en nuestra recensión la otra obra del escritor francés y primer redactor con E. Mounier de la Revista *Esprit*, F. Charbonneau, *Teilhard de Chardin, prophète d'une âge totalitaire* (3).

Veamos primero cómo describe dicho escritor la popularidad que ha obtenido Teilhard en los medios franceses, en las primeras páginas de la mencionada obra: "El P. Teilhard está de moda. Sus obras que, en vida, circulaban secretamente, en pequeños círculos de intelectuales católicos, aparecen ahora bajo el patronato de un Comité

(2) G. SCALTRITI, O. P.: *Op. cit.* p. 160-196. La justificación de todas las apreciaciones sobre Teilhard, contenidas en esta obra y de las que entresacamos sólo algunas, es naturalmente largo de comprobar, dada la variedad de obras que ha dejado su autor, la divergencia y a veces aparente contradicción de los textos por Teilhard escritos sobre el mismo tema, la sutilidad y vaga ambigüedad continua de su pensamiento, que da lugar a tanta variedad de interpretaciones.

Por desgracia, estas interpretaciones negativas suelen resultar, después de largos esfuerzos de análisis, la más fundadas en el sentido objetivo y literal de los textos. Caso típico de esto es el de la alta metafísica de la evaluación creadora de la visión de Teilhard, que ha sido últimamente sometida a minuciosos estudio por Césareo López Salcedo, *Metafísica y creación en Teilhard de Chardin*: Sapientia (Buenos Aires) 20 (1963) p. 275-286. El autor concluye, después de paciente análisis cronológico de los textos y aún teniendo en cuenta las interpretaciones más benévolas de De Lubac, Schmulders, Rüdéau y otros, que el pensamiento radical de Teilhard es incompatible con el dogma. No solamente su idea de creación por unión complexificante y convergente es opuesta a la creación *ex nihilo* de Dios, ad extra y en el tiempo, sino que él mismo Teilhard subrayó en más de una ocasión que "la creación instantánea *ex nihilo* es un tipo de operación ininteligible, al menos que no sea una palabra que cubre la ausencia de toda explicación". No obstante tal creación es un dogma fundamental cristiano.

(3) F. CHARBONNEAU, *Teilhard de Chardin, prophète d'une âge totalitaire*, Paris, Editions Denoël, 1963.

que reúne los nombres de Toynbee, André Malraux y la reina María-José de Italia. *Le phénomène humain* es vendido como una novela de la Serie Negra, y la obra de vulgarización de C. Cuénot sobre Teilhard de Chardin es un *best-seller*. Una fundación Teilhard de Chardin se preocupa de coleccionar todo cuanto concierne al tema. La gran prensa, la TV sustituyen a las hojas policopiadas, y el nombre de Teilhard de Chardin aparece en los lugares más inesperados; el reprobado, en fin, encuentra asilo hasta en los manuales escolares...

Porque no se puede discutir sobre su obra sin disipar primero los nubarrones que rodean su leyenda. Se puede hablar actualmente de un mito de Teilhard que, participando ya antes del prestigio inquietante de la herejía, del secreto y del pequeño número, añade ahora el de la celebridad y de las masas. Para emplear su lenguaje, el P. Teilhard "emerge" actualmente al nivel de estos catálogos de mitos modernos que son *Elle*, *France-Soir* o *Paris-Match*. La influencia de Teilhard, como la de Karl Marx, sobrepasa infinitamente la del escritor: como para *El Capital*, se puede preguntar si la cifra de tiradas corresponde a la de lectores efectivos"...

La descripción continúa ampliamente, entre pintoresca y algo exagerada, mostrando hasta qué punto se ha formado una aureola mítica que rodea el "fenómeno" Teilhard, y cómo no hay "neutrales" sobre su figura e ideas. O admiradores incondicionales y propagadores fervientes de su doctrina, cuyo principal núcleo son los progresistas católicos, o críticos más o menos abiertos, que el citado escritor relega a los grupos "integristas" o de "extrema derecha".

Pero estas expresiones, tan de moda, que vienen a "politizar" también el campo de verdades sobrenaturales, sembrando divisiones entre los católicos, no nos deben llamar a engaño. B. Charbonneau habla de la pequeña minoría de críticos en los medios de la gran prensa, también politizada y en que la entrada está vedada a los que se oponen a las corrientes de moda con una fundamentación íntegra de la concepción católica. Pero en las Revistas y escritos de filosofía y teología, la crítica del sistema de Teilhard crece y se reafirma cada vez con más fuerza. Más aún, después del *Monitum* del Santo Oficio de 30 de junio de 1962, no debiera haber filósofo católico que, tratando del tema, no tome posiciones de gran reserva, incluso de repulsa fundamental de la construcción doctrinal de Teilhard.

En esta línea de escritos filosófico-teológicos se sitúa la presente obra del P. Scaltriti. En su nota introductoria y citando los principales trabajos que han elaborado la crítica de Teilhard y mostrado la incompatibilidad de sus ideas con el dogma católico y los principios de la filosofía perenne, el autor asegura que su punto de vista es distinto. Su intento es esclarecer las verdades en cuestión, tomando ocasión de los errores y peligrosas elucubraciones de Teilhard para profundizar e ilustrar, con textos y doctrinas de Sto. Tomás,

las grandes verdades controvertidas, en crítica oposición a la nueva interpretación evolucionista de Teilhard.

Pese a dicho propósito y al tono teológico, un tanto seco, de exposición de los principios básicos de Sto. Tomás, como contrapunto a las elucubraciones heretizantes de Teilhard, la obra del P. Scaltrini resulta el trabajo más crítico de los publicados hasta ahora por autores católicos sobre el sistema teilhardiano. Y si bien el autor no se detiene en largas refutaciones filosóficas y teológicas, ha conseguido elaborar una interpretación crítica general de dicho sistema desde sus múltiples aspectos y condicionamientos, tanto humanos y genéticos como ideológicos y teológicos.

No se trata, ante la crítica tan negativa y dura de esta obra, de simples antagonismos de escuela, como alguien pudiera pensar. Precisamente es un punto en que no estamos de acuerdo con el P. Scaltrini el que éste explique, aunque parcialmente, las ideas del Teilhard por su formación molinista. Ni Molina ni Suárez, eximios exponentes de la teología tradicional, si bien con grandes divergencias de escuela, soñaron nunca en una tal mitificación de los dogmas revelados por el Evolucionismo, ni ello resulta remotamente siquiera de sus doctrinas. Lo que aquí se ventila es demasiado grave como para parar mientes en tales rivalidades. Se trata de si un nuevo cristianismo o neo-modernismo católico, la nueva religión de la Evolución y de la adoración del Mundo bajo la figura mítica de un Cristo cósmico, debe suplantarse en los tiempos actuales al cristianismo tradicional del Dios Creador y el Cristo encarnado y transcendente al mundo, a la vez que Redentor y Salvador de él.

Parece muy oportuno recordar que el P. Scaltrini no es el primero en enfrentarse con el sistema de Teilhard desde el tomismo. Observemos que los primeros teólogos que se levantan en abierta lucha y oposición a las doctrinas del Padre son eminentes tomistas. En el número que se cita de *Divinitas* (1959, n. 2), junto con filósofos científicos como Masi y Alessandri, son tres teólogos tomistas, P. Guérard de Lauriers, O. P., Philippe de la Trinité, O. C. D. y Charles Journet, los que "destruyen literalmente el pensamiento de Teilhard", según advierte nuestro autor.

Este último, actual Cardenal Journet, insigne tomista en teología dogmática (dejemos a un lado sus anteriores posiciones sobre filosofía político-religiosa), ha manifestado con tesón y constancia su irreductible oposición a los errores de Teilhard, en viva polémica a veces con el P. De Lubac, desde su Revista del Gran Seminario de Friburgo, *Nova et Vetera*. En breves comentarios que empiezan desde la aparición impresa de las últimas obras del Padre (*Nova et Vetera*, 1956, 1958, 1960, 1962, 1964) ha ido señalando y denunciando el falseamiento de los dogmas católicos fundamentales que se verifica en la construcción de Teilhard, mediante la transposición cósmica y evolucionista de los mismos a una dimensión puramente naturalista. Su método suele ser sencillo y eficaz: consiste en simple

transcripción de los textos más "expresivos" de los escritos de Teilhard, yuxtapuestos en elocuentes florilegios y entreverados con breves glosas, con ocasión a veces de recensión de otros libros. Cualquier lector advertido y mediano teólogo puede notar la incompatibilidad de tales "testimonios" con los dogmas de la revelación y la doctrina de la Iglesia, suelen añadir el Cardenal Journet.

Por su parte el P. Philippe de la Trinité, otro gran tomista no dominico, ha recogido su refutación básica del teilhardismo en dos obras: *Teilhard et le teilhardisme* (Paris 1962) y otra reciente, *Rome et Teilhard de Chardin* (Paris 1964) en que a la vez comenta autoritadamente la gravedad del juicio reprobatorio de la Santa Sede, denuncia la fundamental confusión, metodológica y real, de la síntesis monista del P. Teilhard, es decir, la interpretación cósmica de los misterios revelados que destruye la transcendencia de la Revelación y todo su contenido sobrenatural.

Otros diversos tomistas se han ocupado críticamente de la temática teilhardiana, impugnándola parcialmente, como el P. Barbut, O. P. y muy especialmente el P. Labourdette, O. P. en *Revue Thomiste* de 1964 (4).

Pero estos y otros filósofos y teólogos católicos, y algún protestante como G. Crespy de Montpellier, que denuncian al menos "graves errores" y un continuo confusionismo o "ambigüedad" en las obras de Teilhard, según los términos en extremo moderados del *Monitum* del Sto. Oficio, prodigan por otra parte profusos elogios al nuevo "fenómeno" de la Era atómica. No solo alaban sus méritos científicos en la investigación paleontológica (algunos apuntan con timidez fallos también en esto: la obsesiva claridad y fatua evidencia con que describe los "phyla" en el proceso evolutivo hacia el hombre; su contribución en 1913 al descubrimiento, entre los fósiles de Piltdown, de una parte de mandíbula de homínido del paleolítico que después, por el análisis al radiocarbono, resulta ser de un simio antropoide de ¡no hace más de un siglo!), sino ensalzan con subidos ditirambos su entera buena fe de católico, su acendrada religiosidad y ardiente fervor apologético, su auténtico testimonio del mensaje cristiano ante el mundo moderno, su espiritualidad intensa de "un verdadero místico", según el P. De Lubac.

Es lo que llama el P. Scaltriti "la diplomacia científica", el reparo a oponerse a la corriente progresista de moda que intenta conservar la aureola con que esta tendencia ha querido nimbar la figura de Teilhard, porque él a su vez ha glorificado el Mundo, su Evolución y Progreso, con benévolas interpretaciones que eviten su abierta incompatibilidad con la fe católica.

(4) M. LABOURDETTE, O. P.: *L'oeuvre du Père Teilhard de Chardin*: *Revue Thomiste* 64 (1964) p. 403-436. Es un amplio boletín sobre las principales obras en torno a Teilhard.

Por eso el P. Scaltriti distingue, en pos de otros, el Teilhard histórico, creyente sincero y jesuita piadoso, y el "mito" de Teilhard o el teilhardismo. Este, el sistema de ideas del Padre interpretado en toda su crudeza por sus seguidores, viene a ser la "hidria de siete cabezas", la nueva forma de modernismo que acumula en sí la suma de herejías actuales. Por algo el marxismo materialista acepta complacido el evolucionismo absoluto de la *Materia matrix* que Teilhard erige en supremo principio de su especulación; el existencialismo se declara emparentado con la planetización universalista del Hombre proclamada por él, los totalitarismos apelan también a su visión monista del Cosmos y de la Historia, y el racionalismo humanista y laico así como el fenomenismo de los científicos incrédulos se apropian con mayor razón el *naturalismo* que aflora en toda la especulación teilhardiana.

¡Singular complejidad y entraña virtualidad del pensamiento de Teilhard el cual, no obstante su continua apelación al Cristo del Evangelio, puede asentar los principios de donde broten esos sistemas, negadores cada uno del verdadero cristianismo! Si sus escritos resultan edificantes para algunos católicos, sobre todo progresistas, y a la vez fuente de esos errores, siendo invocados con complacencia por todos esos enemigos de la Iglesia, no excluidos los marxistas comunistas, al menos se debe admitir el enorme *bluff* y confusionismo que envuelve su sistema.

De ahí que en la misma línea del P. Scaltriti, pero desde un ángulo bien distinto e independiente, nuevamente el escritor francés Bernard Charbonneau ensaya una interpretación completa, ideológica y sociológica, de Teilhard en su obra, *Teilhard de Chardin, prophète d'une âge totalitaire*.

El citado autor se mueve, dice, a escribir su obra para deshacer el mito o leyenda creada en torno a Teilhard, hastiado de tantos ditirambos de progresistas, y críticas a medias de las derechas, pues ambos contribuyen a mantener el contrasentido del Teilhard mítico. Y desde el ángulo de la filosofía social, más exactamente desde el *personalismo cristiano* —que, bien entendido, es clave de toda la *Weltanschauung* católica— somete el sistema de Teilhard a la crítica más cerrada y despiadada que hasta ahora ha aparecido, pero también la más profunda y difícil de rebatir. El Sr. Charbonneau procede con gran desenfado ciertamente en sus apreciaciones y juicios, aun de personas eclesiásticas, pero también con una agudeza de análisis notable que penetra hasta el fondo del error teilhardiano, del que brotan sus sorprendentes conclusiones.

Este fondo consiste en que Teilhard niega la persona individual del hombre, la mía y la de los prójimos, sacrificándola en aras de una visión abstracta del Uno, del Hombre general o la Persona universal y planetaria, que es la especie humana. Por lo mismo, niega también la libertad de las personas, que no tiene cabida en ese devenir necesario de la Materia en emergente Evolución hacia las cimas

del Espíritu. Y en ese movimiento fatal de la Cosmogénesis a través de los sucesivos estadios de la biosfera, noosfera o conciencia pensante que brota de la Materia, hasta la Cristogénesis, en que Cristo emerge también triunfante como punto Omega de la Evolución y Salvador de la Antropogénesis, tampoco tiene cabida el Dios personal de los cristianos, el Dios trascendente y Trino en personas; porque en el Universo teilhardiano en estado de Cosmogénesis, en esa evolución implacable de la Materia "en flecha" hacia el Cielo, ese Dios, Principio animador de una Creación por unión convergente evolutiva, y a la vez punto culminante, no acaba de distinguirse de su Creación, de esa Materia animada y espiritualizada, puesto que "Dios metamorfosea el Mundo y el Mundo, en retorno, debe endormarse a Dios", según la conocida frase de Teilhard.

Por ello sostiene también Charbonneau que el "Cristo cósmico" de Teilhard está en oposición con el Cristo histórico y *personal* de la revelación, o es irreductible a Él, ya que emerge como punto Omega de la Cosmogénesis en marcha irresistible hacia la Cristogénesis. Ese "Cristo cósmico" no sólo asume una tercera naturaleza cósmica, como le reprochan algunos teólogos, sino que es de contenido netamente panteísta. El mismo Teilhard habló de su "panteísmo cristiano" remitiéndose al "panteísmo de S. Pablo y de S. Juan", y los discípulos no tienen por qué desvirtuar las palabras del maestro porque el panteísmo sea una expresión muy fea, incompatible con el cristianismo, y con cualquier teísmo. Otros han llamado asimismo todo ello "pancristismo".

Y, en verdad, en el Universo total de Teilhard, en que la persona de Dios y del hombre creado a su imagen se disuelven, también se refunde el Cristo de la revelación en el Cristo de la Evolución, en un "Omega crístico" o Principio evolutivo del Universo en movimiento e immanente a él. La Encarnación ya no tiene el sentido de un acto histórico y libérrimo de Dios comienzo de la historia de Salud, sino de un momento dialéctico de la Evolución creatriz. ¿A qué viene una Encarnación sobreañadida si la Materia es ya en sí misma vitalizada y espiritualizada, y el Espíritu materializado e intrínseco a la Materia, y si la "Santa Materia" y la Vida se hacen divinas en el misterioso proceso evolutivo que es unión creatriz? Y ¿no adoraba Teilhard "el Cuerpo verdadero de Cristo que es el Mundo, hecho tal por vuestra potencia y mi fe", y afirmaba de su Misa de Siberia que las palabras transubstanciadoras no recaían sólo sobre el pan y el vino, sino sobre el Mundo entero para consagrarlo?

Consiguientemente, en esta Evolución triunfante la Redención y la Cruz son superfluas, porque la libertad humana, el Mal y el Pecado desaparecen. Al menos pierden su tremenda realidad para el hombre, y son explicados como un seguro suplementario para cubrir los fracasos parciales de la Evolución, es decir, como disonancias excepcionales en esa armonía total de la Evolución. El pecado original sobre todo fue expresamente declarado por Teilhard incompati-

ble con su concepto de la Evolución total, aunque luego diera algunas explicaciones verbales. Y esta negación del pecado original es aprobada hoy por uno de sus seguidores, el holandés P. Leys (a quien refuta el P. Philippe de la Trinité).

Menos aún en el triunfalismo de la Evolución teilhardiana hay lugar a hablar de un Dios que juzga, de un Juicio final y posible condenación. Nada podrá impedir el triunfo total del Bien. La única Escatología posible es la de "pleromización" y recapitulación gloriosa de todos los hombres y todas las cosas en el Cristo total.

En este mismo contexto del Cristo cósmico, los Sacramentos de la Iglesia se disuelven en "Sacramentos cósmicos" —expresamente Teilhard ha aplicado esto al bautismo— que consagran el Mundo a Dios y "dan la gracia", es decir, el esfuerzo de reactivación evolutiva de la cosmogénesis de la Materia, en vías de espiritualización. Y la Iglesia a su vez se diluye en un *conformismo* total con el Mundo, en un signo sacramental cósmico que bendice y consagra, con sola su presencia, ese Cosmos con sus mitos de Evolución y Progreso, siquiera sea una parte de ese Mundo no cristiano, marxista o ateo. Esto al menos bien alto lo proclaman hoy tantos teólogos avanzados y "comprometidos", bajo el soplo inspirador del "espíritu" o ideología de Teilhard. Pero Charbonneau presenta dicho conformismo total con el Mundo como interno a la estructura mental de Teilhard, en una dura e irónica descripción de su libro (5).

No podemos seguir más ampliamente a dicho autor en este cuadro, sombrío para el catolicismo auténtico, de la interpretación teilhardiana. En el fondo coincide con todos los graves reproches que los teólogos han dirigido al sistema de Teilhard, por desgracia tan justificados en innumerables y expresos textos de la deslumbrante literatura teilhardiana. Sólo que el escritor francés ha puesto más de relieve aquello que especialmente hiere la sensibilidad de la actual filosofía cristiana: la negación de la persona individual y concreta, divina y humana, y de su libertad, del Mal y del desorden en el Cosmos, que son disueltos en la visión de un Cosmos monista, justificando así toda suerte de totalitarismos y destruyendo el amor cristiano, que sólo se da entre las personas.

¿Cómo entonces se justifican esos graves reproches contra Teilhard, a quien Charbonneau llama "cristiano de etiqueta y de hábito,

(5) F. CHARBONNEAU, *Op. cit.* p. 84-93. En esta misma línea y sobre el campo del derecho A. VINCENT, O. P., *La synthèse cosmogénétique de Teilhard de Chardin*: *Archiv de Philosophie du Droit*, n. 10 (1965) p. 33-65 concluye que existe una incompatibilidad fundamental entre el pensamiento cosmogénético de Teilhard y el Derecho. Toda noción de orden se disuelve en la visión cosmogénética, y con ello la noción de lo justo es reemplazada por "el sentido de la evolución". "El panteísmo cristiano" de Teilhard de Chardin no logra en el fondo conexionar el Derecho a la vida, sino más bien la disolución del Derecho. Véase también la obra múltiple, tan recomendable para la crítica teilhardiana y reunida en la traducción italiana de G. FRENAUD - L. JUGNET - TH. CALMEL, O. P., *Gli errori di Teilhard de Chardin*, Torino, ed. dell'Albergo 1963.

cuya etiqueta no cubre la mercancía", y el suyo un "cristianismo sin Cristo", cuando él y todos reconcen la honda religiosidad del Padre, su literatura mística tan edificante, los numerosos otros textos en que reafirma su sincero catolicismo, e invocan a Dios y a Cristo, hablan piadosamente del Corazón de Jesús, de María (cuyo *fiat* de la Encarnación recibe una blasfema interpretación cósmica!), del pecado, de Redención y de todo los dogmas cristianos? El Sr. Charbonneau cree encontrar la clave en el error fundamental de método, inmerso en el pensamiento de Teilhard y en toda su estructura mental. Los teólogos también le han dirigido unánimes este reproche básico de confusión de método. Pero la han entendido en forma parcial, de aplicación unívoca del método científico a la filosofía y la teología y, a la inversa, de intrusión indebida de la filosofía teológica en los temas científicos. Ninguno de ellos le ha reprochado que haya hecho valer hasta el máximo los argumentos científicos a favor de la evolución en sus investigaciones paleontológicas, antes al contrario alabado por ello; pues en el terreno científico tiene plena libertad. La incriminación viene cuando empieza a imponer a los datos científicos una visión teológica preconcebida de Evolución total.

Todo ello es enorme verdad. Pero Charbonneau sostiene, con razón, que esta confusión es sólo *una parte* del principio universal teilhardiano: Este es, ni más ni menos, la lógica de la unión de los contrarios, de la fusión de lo múltiple en lo Uno, es decir, el *panta rhei* de Heráclito, el devenir bergsoniano, la ley dialéctica hegeliano-marxista de los tres tiempos en que la síntesis final es superación de la tesis y antítesis opuestas, en una absorción de lo Múltiple en lo Uno. Tal es, por otra parte, el gran principio gnoseológico, negador del de contradicción, de todos los monismos y panteísmos. Así se explica que Teilhard exprese tan fácilmente aseveraciones contradictorias; que su sistema contenga un confusionismo y ambigüedad totales: la unión, o más bien unidad, de la materia y del espíritu, de lo infinito y de lo finito, de Dios y el Mundo, del fenómeno y la realidad sustancial, de la fenomenología y la metafísica, de la naturaleza y de la gracia, etc.

En cuanto a la religiosidad de Teilhard, él mismo la ha calificado de "religión de la Evolución", de adoración conjunta de Dios y el Mundo; pero fe y adoración más fuertes y radicales aún en el Mundo y la Materia que en Dios y Cristo personal, o en el Espíritu, según el famoso texto de su obra, *Comment je crois*. Y aunque todo ello vaya envuelto en una literatura tan piadosa, que la Priora de un Carmelo no dudó en poner a sus monjas como lectura espiritual cierta obra de Teilhard, el citado escritor tampoco duda en presentarla como un regreso al paganismo, a las religiosas paganas animistas que divinizaban las fuerzas de la Naturaleza; todo ello, claro está, bien acomodado al *laicismo* paganizante actual, con sus mitos de la Evolución y Progreso. Esto se verifica en virtud de un arte de magia por la que, introduciendo "la tercera dimensión" de la Evolución,

de que habla Teilhard, el mundo teológico de los misterios sobrenaturales se degrada, transformándose en meros símbolos de los fenómenos de evolución convergente de la Materia en Espíritu, es decir, en puro naturalismo.

Por otra parte, el P. Philippe de la Trinité, gran especialista en "la materia", afirma que la mística de *Le Milieu divin* "es todo lo contrario de la ascética y mística de S. Juan de la Cruz". Podrían encontrarse similares tipos antiguos en el misticismo gnóstico o el neoplatónico de Proclo, con su contemplación extática y su panteísmo. Y un caso más reciente entre nosotros es el ardiente y contradictorio Unamuno, de una apasionante e incoercible religiosidad, cuyo *Cristo de Velázquez* se eleva a las alturas de la lírica cristiana más sublime. Pero todo él es un canto al Cristo panteísta, identificado con el Hombre y la tierra madre, exactamente como Teilhard y antes que él.

Pero todos admiten que Unamuno, subjetivamente, es un hereje e incrédulo. Y de Teilhard todos elogian al católico auténticamente creyente, de gran sumisión y obediencia dócil, según el espíritu ignaciano, a las órdenes de sus superiores, quien de toda buena fe y cierta inconsciencia propagó sus ideas... Sin embargo, los documentos revelan en él un impulso irresistible a manifestar y propagar sus ideas sobre la Evolución, que ya habían madurado en su mente desde la juventud, antes de todas sus investigaciones científicas. Y que esta concepción de la Evolución total se había fijado en su mente con la evidencia de una idea obsesiva; por ese impulso irresistible supo evadir las numerosas amonestaciones de los Superiores que le orientaban exclusivamente a trabajos científicos de paleontología, mientras que él no cesaba de propagar en la clandestinidad sus ideas con escritos policopiados... Tal situación mental cree el P. Scaltriti que debe calificarse de "paranoia", de locura obsesiva. Esta ha sido muy propia de hombres *geniales*, a quienes la idea fija o concepción obsesiva ha arrastrado tantas veces a agitar y revolucionar el mundo... Sólo en efecto la "paranoia" sobreañadida o congénita puede explicar la entera buena fe e inconsciencia de un sabio tan genial e inteligente.

Hemos creído oportuno entresacar en esta nota las duras apreciaciones contenidas en estas dos obras para confirmar por ellas el movimiento creciente de crítica que se dibuja en la teología católica y fuera de ella en torno al fenómeno de Teilhard.

Nos hemos movido a resaltar estos aspectos negativos de los escritos de Teilhard por simple amor a la verdad cristiana, a la que debemos servir todos los creyentes ante la gravedad de la hora presente, tan llena de confusión doctrinal. Cualquiera puede comprobar fácilmente cómo las ideas de Teilhard flotan en el ambiente y mueven las mentes y plumas de otros teólogos del catolicismo actual avanzado y "comprometido". El "espíritu" de Teilhard sopla fuerte e inspira a muchos de ellos, que reelaboran y difunden sus ideas en

numerosas aplicaciones, sembrando fuerte confusión. Son muy numerosos los que, bajo su influjo y el de otras ideologías recientes, proclaman las seductoras tesis de la nueva "reflexión teológica" plenamente "aggiornata". Podemos citar las principales: El total conformismo de la Iglesia con el Mundo, movido por las "evidencias" primeras e irrevertibles del Evolucionismo y Progresismo, actualizador del contenido y vida cristianas; el relativismo digmático, inherente a este empeño de total adaptación al Mundo y sus problemas; la concepción de la Iglesia cósmica, signo sacramental de un Cristo cósmico encarnado y así presente al Mundo, la cual con su presencia consagra y santifica toda la Humanidad, aun no cristiana, marxista o atea; el optimismo y naturalismo humanistas, que niegan el Pecado en el mundo o lo minimizan reduciéndolo a una cósmica expresión; el consiguiente Escatologismo triunfalista y glorificante que no admite condenación y hace silencio absoluto del Infierno, cuya realidad eterna no cabe en ese final escatológico y evolucionista de la Plenitud de todas las cosas en Cristo; el totalitarismo socializante en términos de puro marxismo...

El momento está, en efecto, cargado de doctrinal confusionismo. Y no se ha de creer a los que abogan por un optimismo fácil, inconsciente de los peligros. Antes al contrario se ha de proclamar muy en alto la verdad revelada integral, con la misma libertad que otros usan para difundir los equívocos y errores envueltos en teorías seductoras.

F. TEOFILLO URDANOZ, O. P.